



EL CORREO DE LA MODA

PERIÓDICO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA.

Núm. 5.º | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Febrero 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes.	42 rs.	Tres meses.	58 rs.
Madrid.	52	Seis meses.	74
Un año.	120	Un año.	144

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2.—Madrid

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes.	8 rs.	Tres meses.	24 rs.
Madrid.	20	Seis meses.	36
Un año.	72	Un año.	84

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Baillière, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. López, Cármén, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Gujardo, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P.º del Sol; y Administracion de EL CASCABEL, Plazuela de Matute, 2.—PROVINCIA. En Barcelona, en la Administracion del Correo de LA MODA, calle del Cármén, 24, 4.º; en Valencl, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En París Mr. François Edhardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 35, rue Talibout.

SUMARIO.

La fiesta de la Candelaria, por Robustiana Armiño.—Estudios de viajes, por Florencio Janer.—Al disiparse la tristeza, poesía, por Antonia Diaz de Lamarque.—El Carnaval, poesía, por Manuel del Palacio.—Cantares, poesía, por Isabel de Villamartin.—Ecos de mi niñez, poesía, por Diego Crespo de Tejada.—La vuelta del campo, por X.—Ernestina, por Ángela Grassi.—La Abadía, por Isabela de Silva.—Explicacion del figurin.—Variedades.—Geroglífico.

GRABADOS.—Parroquianos del canal.—La vuelta del Campo.—Dos grupos de Carnaval.—Miel de la Alcarria.—Geroglífico.

gría reina en todos los corazones, la sonrisa en todos los semblantes, y desde las góticas torrecillas de la opulenta catedral, á la humilde espadaña de la más pobre iglesia, todas las campanas echan á vuelo sus lenguas argentinas repitiendo: "gloria! gloria!"

«¿En qué rincón del orbe católico no se celebrará con himnos de gloria la fiesta de la Virgen?»

cerraba en su recinto tan poéticas é históricas leyendas.

Aquella iglesia, antigua almudena ó Bobolí, convertida en mezquita por los Moros, restaurada y santificada de nuevo por Alfonso VI que erigió en ella un trono á la milagrosa imagen escondida por los cristianos en el cubo que aún lleva su nombre, está hoy convertida en un monton de ruinas, y sus campanas en vez de entonar



Parroquianos del Canal en días de Carnaval.

LA FIESTA DE LA CANDELARIA.

Desde muy antiguo es tal la devocion que tienen los Españoles á la Virgen Maria, que puede asegurarse sin exageracion que el culto que se la rinde casi rivaliza con el que se tributa á su Divino hijo.

El dia en que se celebra la fiesta de la Virgen, la ale-

El dia de la Candelaria ó de las candelas, el Ayuntamiento de Madrid se trasladaba con toda pompa á la antigua iglesia de Santa María de la Almudena, acompañado de sus maceros, donde se entonaba un solemne *Te Deum* á la Reina de los Angeles, en el misterio de su sacratísima Purificacion. Hoy la piqueta demoledora ha destruido hasta los cimientos la antigua iglesia que en-

himnos á Maria, arrastran por la arena sus lenguas mudas y sus venerandas tradiciones.

Aquel altar de plata, donde se levantaba la bellissima imagen de Maria, ha visto arrodillados, ante sus gradas, á los Reyes Católicos, al Emperador Carlos V, señor de dos mundos, á la Emperatriz Doña Isabel, al severo fundador del Escorial, á D. Juan de Austria, á la Princesa de

Eboli, al turbulento Antonio Perez, á todos los reyes, á todos los personajes célebres que registra la historia, siendo aquella santa imagen la que recogió también los últimos suspiros de la augusta cuanto desgraciada Reina de España Doña Isabel II, que agitada por un amargo presentimiento oró y lloró á los pies de la Virgen de la Almudena ántes de abandonar á Madrid en Julio de 1868.

Templo de Santa María! ¿qué has hecho de tu grandeza, de tus sepulcros, de tus vestigios orientales?

Las torres que desprecio al aire fueron,
A su gran pesadumbre se rindieron.

El día de la fiesta de la Candelaria, es también para el pueblo de Madrid el aniversario de una de sus tradiciones religiosas, la de la traslación de una bellísima é ignorada imagen de la Virgen que se venera en la capilla del Hospital general, y que lleva los nombres de "La Virgen de las Nieves, de las Candelas, de los Mendigos, y de las Misericordias."

Habiendo averiguado el Corregidor de Madrid, D. Luis Gaitan de Ayala, que en una mancebía de la Carrera de San Jerónimo existía una imagen de la Virgen que había sido robada de su ermita, situada en las afueras de Madrid, se personó en la casa, que encontró abandonada, y recobró la Santa Imagen, colocándola bajo la protección de la Villa de Madrid.

El Ayuntamiento, secundando los deseos del católico Rey D. Felipe II, determinó colocarla en la capilla del Hospital general, para que sirviese de patrona á los pobres enfermos y peregrinos mendicantes que se recogían en aquella santa casa.

En dos de Febrero de 1582 el Ayuntamiento, presidido por el Corregidor, acompañó procesionalmente á la Santa Imagen, hasta colocarla en el altar mayor de dicha iglesia al lado del Evangelio, ofreciendo hacerle todos los años en igual día una solemne fiesta, y celebrando la traslación con fuegos y pandorgas.

Esta Virgen, que casi nadie conoce, continúa en su oscura capilla, venerada y ensalzada por los pobres enfermos, con los que ha obrado portentosos milagros.

La fiesta con que la Villa de Madrid celebraba su glorioso aniversario cayó no sólo en desuso sino en un completo olvido, y el día de *La Candelaria* la Virgen de las Misericordias sólo ve su altar alumbrado por los humildes cirios que le consagra el Hospital, y los farolillos de los convalecientes.

La historia de esta peregrina imagen, historia que tal vez no tenga igual en el mundo, verá muy pronto la luz pública, cumpliendo así el deseo de S. M. la Reina Doña Isabel II, que ántes de salir de Madrid nos había encomendado tan honroso cuanto difícil encargo.

ROBUSTIANA ARMIÑO.

ESTUDIOS DE VIAJES.

EL VALLE DE ARGELÉS EN LOS PIRINEOS Y LA ABADÍA DE SAN SABINO,
por M. Thiers.

"El valle de Argelés es una cuenca redonda rodeada de altas montañas. Pero al decir esto, nadie sabe que, lo que he repetido veinte veces al hablar de otros sitios, no es posible hacerse cargo, como yo quisiera, de este fondo admirable de bosques, de praderas, de torrentes, de pueblecillos encerrados por montañas, unas veces cubiertas de verdor hasta sus cimas y otras blancas y áridas como neveras. Hay ciertas cosas que se tiene valor para describirlas, pero respecto de esta se deplora la pobreza de las lenguas humanas. Aun el pincel no puede representar ese efecto de inmensidad, ni reproducir estos confusos y deliciosos murmullos, ni hacer respirar este aire tan vivo y que tanto anima el espíritu. Es preciso mandar allá al lector, y renunciar á reproducir una naturaleza inimitable.

"Aún no había circulado más que por el fondo de la cuenca, y á pesar de haber ya llegado á Argelés, no había subido bastante para juzgar del conjunto del valle; no había visto durante el camino más que los hermosos cortes de las montañas, cuando á la mañana siguiente me dirigí, al amanecer, hacia la abadía de *San Sabino*, que es de la mayor antigüedad, pues hacen remontar sus cimientos al fuerte Emiliano construido por los Romanos, y sus muros á Carlomagno. Así es, que no le faltan escudos de armas; pero tiene cosas mejores que esto: es su forma y su posición, que voy á procurar hacérsela comprender, ya que desespero de hacérsela ver. El valle de Argelés se abre en Lourdes. A poca distancia se hallan cerros extremadamente elevados que forman como una cerca colocada á la entrada de este gran recinto. Después de estos cerros, cuajados de los más hermosos ramos de

hayas, la cuenca se redondea, y se concibe que debe ser vasta, puesto que entre el fondo y las alturas se cuentan treinta y tres pueblos. Pero que no desconfíen los que gustan de lugares recogidos, pues las montañas que lo rodean son tan elevadas, que el valle no presenta, se puede decir, más que una enorme garganta. El circuito se cierra, y un terraplen, apoyado en el fondo, y frente á frente de los cerros de entrada, sostiene como un promontorio los góticos muros de San Sabino. En los dos costados de este terraplen se hallan dos salidas bastante estrechas, una de las cuales forma el valle de Ossun, y la otra el de Luz, por la que se vá á Gavarnie. De modo que, como veis, ningún paisajista hubiera abierto y cerrado mejor este admirable valle. Mientras que yo trepaba, en una mañana muy fría, la escarpada senda que conduce á San Sabino, una densa niebla llenaba la atmósfera. Apenas veía los árboles más próximos á mí, y sus troncos se dibujaban como sombras á través del vapor. Apenas llegué á la cima, me sorprendí de hallarme al pie de una capilla gótica, y sus ojivas, sus arcos tan divididos, sus ventanas en forma de rosetones, sus vidrieras de colores me encantaron. Pues, señor, me dije al pasar por la antigua puerta, ved ahí una verdadera abadía; era para mi imaginación un antiguo voto realizado. En el patio trabajaban algunos Españoles. Esos robustos obreros removían con gravedad enormes piedras, y me dijeron que por su paciencia y sobriedad los emplean, en nuestros Pirineos franceses, para los trabajos más difíciles. Mi compañero de viaje preguntó por el propietario, y acto continuo se presentó á nosotros un hombre de baja estatura, vivo y alegre, diciendo: "Ved ahí al prior, ¿qué le querían?"

"—Ver el valle y su priorato.

"—Bien venidos, nos dijo, bien venidos los que quieren ver el valle y su priorato." Abrió entonces una puerta que de este patio nos hizo pasar á una azotea:—"Ahí tenéis, añadió, venís en buena ocasión, mirad y callaos."—Yo miraba, en efecto, y no abrí la boca en mucho rato. La azotea en que nos hallábamos estaba colocada justamente de medio lado, es decir, en la verdadera perspectiva del cuadro, y además en su verdadera luz; pues el sol, que apenas se levantaba, daba su relieve extraordinario á todos los objetos. La niebla que un momento ántes tenía yo sobre la cabeza, estaba entonces debajo de mis pies; se extendía como un mar inmenso, flotando contra las montañas y hasta sus más pequeñas sinuosidades. Veía ramilletes de árboles, cuyo tronco estaba sumergido en el vapor, y cuya cabeza apenas asomaba; edificios con cuatro torres, que no dejaban ver más que sus conos de pizarra: la menor brisa que levantaba esta masa la agitaba como un mar. Cerca de mí, llegaba hasta tocar á los muros de la azotea, y estaba tentado de bajarme para tocarlo como si fuese un líquido. A poco tiempo, penetrando el sol, lo agitó profundamente, produciendo una especie de tormenta. De pronto se elevó en el aire como una lluvia de oro: todo desapareció á través de ese vapor de fuego, y hasta el disco del sol fué enteramente oculto por él.

"Este espectáculo tenía el prestigio de un sueño; pero pocos momentos después esa lluvia volvió á caer, y el aire se halló otra vez tan puro y la niebla tan espesa como ántes, sólo que menos elevada. A causa de este descenso, nuevos árboles mostraban sus copas; ribazos desapercibidos presentaban de pronto sus cimas grises ó verdosas. Este movimiento de absorción se renovó varias veces, y cada vez la niebla, al descender, se hallaba más baja, y se descubría una nueva zona.

"Entramos entonces en la casa del dueño, el médico de Canterets, que es quien ha hecho esta adquisición, y es el patron natural de esos montesinos, su consejo en todos sus asuntos, su órgano cerca de la autoridad, su médico cuando están enfermos. Le llaman el prior de San Sabino; los habitantes le han dado este título, y él ha obligado al mismo obispo á que se le conservase. Cuando ese obispo, que no es muy amante de los adquisidores de bienes nacionales, llegó al país, la costumbre era que visitase los cuatro valles, y estaban impacientes por no verlo. El nuevo poseedor de San Sabino se fué á su casa, envuelto en una gran capa. Lo toman por un cura peticionario, y aguarda el turno para entrar. Llegado al fin, le preguntan qué asunto le lleva allí. Arroja entonces su capa, y dejando en descubierto su traje seglar, dice: "Monseñor, soy el prior de San Sabino, y vengo á reclamar el privilegio de que gozaron mis predecesores, el de recibir á Monseñor cuando visita los cuatro valles." El obispo le perdonó su nueva dignidad, y le acordó lo que pedía.

Este hombre, tan diestro como espiritual, ha sido también el conciliador de esas comarcas, donde el sentimiento de la independencia es muy profundo, unido al mismo tiempo á una imaginación muy religiosa y á una gran necesidad del culto público. Es preciso añadir que el nuevo

poseedor, sin cambiar la fama tan original de esta abadía, ha hecho construir en el interior una casa de salud de las más cómodas y que ha sabido remplazar bastante útilmente para todos la antigua hospitalidad monástica. Semejantes adquisidores valen tanto como los antiguos abades, y pueden reconciliarnos con los decretos de 1790. (1)

"Me fui de nuevo á la azotea para gozar de un espectáculo enteramente diferente, el del valle libre ya de las nieblas, fresco por el rocío y brillante con el sol. En este momento el velo se había descorrido: todo lo veía á vista de pájaro, hasta la espuma de los torrentes; el aire estaba perfectamente puro; sólo algunas nubes, que se hallaban en la dirección generalmente más fría de las aguas ó de las corrientes de aire, circulaban aún en medio de la cuenca, se arrastraban lentamente á lo largo de las montañas, se remontaban en sus sinuosidades, y al fin se fijaban en rededor de sus puntos más elevados, donde ondulaban ligeramente. Pero el valle, como una rosa abierta recientemente, me hacía ver sus bosques, sus cerros, sus llanuras verdes de naciente trigo, ó negras con la reciente labor; sus numerosas y diferentes alturas cubiertas de aldeas y de pastos, sus bosques marchitos pero conservando aún su amarillenta hojarasca; en fin hielos y peñascos amenazadores. Pero lo que es imposible describir, es ese movimiento tan variado de los pájaros de toda especie, de los rebaños que avanzaban lentamente de uno á otro seto, de esos numerosos caballos que retozaban en los prados y al borde de las aguas; sobre todo el ruido confuso de los cencerros de los rebaños, de los ladridos de los perros, del curso de las aguas y del viento, ruidos mezclados, templados por la distancia, y que, uniendo su efecto al de todos estos movimientos, expresaban una vida tan extensa, tan variada y tranquila.

"Yo no sé que dulces, consoladoras, pero infinitas, inmensas ideas, se apoderaban del alma con este aspecto, y la llenaban de amor por esta naturaleza, y de confianza en sus obras. Y sí, en los intervalos de esos ruidos, que se sucedían como olas, se oye por algunos momentos el canto de algún pastor, parece que el pensamiento del hombre se eleva con ese canto para exponer sus necesidades, sus fatigas al cielo, y pedirle consuelo. ¡Oh! ¡ese pastor, que acaso no piensa más que el pájaro que canta á su lado, cuántas, cuántas cosas me hace sentir y pensar! Pero esa dulce emoción pasa como un hermoso sueño, como un bello trozo de música, como un buen efecto de luz, como todo lo que es perfecto, como todo lo que, conmoviéndonos vivamente, no debe por esto mismo durar más que un momento!"

FLORENCIO JANER.

(1) La abadía de San Sabino, antiguo monasterio de Benedictinos, es hoy día de la propiedad de M. Ch. Bordeaux, descendiente del célebre médico.



AL DISIPARSE LA TRISTEZA.

Huyó la angustia, renació el sosiego;
¡Gracias, gracias, Dios mío!
Luz de esperanza iluminó á mi ruego
Lo porvenir sombrío.

Olvidé en la ventura tus favores
Dormida en muelle calma,
Tendió la adversidad negros horrores
Y á tí volvióse el alma.

Volvióse el alma á tí, fuente de vida,
Que al justo galardonas;
A tí, que al hijo que tu nombre olvida
Bondadoso perdonas.

Tendiste al fin tu bienhechora mano,
Mis dichas renacieron;
Del que te invoca humilde, ¿cuándo en vano
Los tristes ayes fueron?

Ya de mi vida en la escarpada senda
Brotan de nuevo flores,
Haz pues que en viva gratitud me encienda
Y cante tus loores.

No cese ya mi lengua de ensalzarte
Con férvida ternura,
Y si al áura del bien he de olvidarte
Renazca mi amargura.

Padre, padre de amor, fuente de vida,
Antorcha de esperanza,
Tú en la tierra serás mi única egida
Mi sola bienandanza.

Presta á mi corazon gracia y aliento,
Mi sér humilde escuda,
Y haz que inspirada en noble sentimiento
A tí por siempre acuda.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

EL CARNAVAL.

Llegó la estacion hermosa
Que al alma consuelo dá;
Su luna nos presta Enero,
Su alegría el Carnaval.

Niñas las de quince á treinta,
(Y admito algunas con más),
Pues la ocasion ha llegado,
Taparse bien, y á bailar.

Capellanes nos espera
Con su *chotis* y su wals,
Sus danzas americanas,
Y su alegre sociedad.

Allí lo mismo se admite
La calesera que el frac,
La gorra de piel de nütria
Que la gabina de Aimabl.

Por aquella galería
Vereis unidos cruzar,
Diputados y toreros,
Sastres y jueces de paz,

Modistas de cuarto piso,
Y aristócratas *pur sang*.
Vereis una cantinera
Que á un morito el brazo dá,

Y una beata bailando
Con un diablo colosal.
Si teneis sed, tomarémos
Cuanto os agrade tomar,

Desde la humilde sardina
Al noble *paté foi gras*.
Si no os gusta el Valdepeñas,
Podemos pedir Champagn,

Que allí se encuentra de todo...
Excepto lo que no hay.
Nos irémos tempranito,
Para no perder el Real,

Donde ocasion de cien bromas,
De fijo no ha de faltar.
Ya estamos dentro, ¡qué lujo!
Qué imponente magestad!

Todos parecen señores,
Todas duquesas... ó más.
Qué de gritos en la sala!
Qué de risas más allá!

Qué de palcos entornados,
Y de ojos sin entornar!
Mirad! Allí va Quevedo
Con Madama Montespan,

El la pide una *habanera*,
Y ella le pide señal.
La caja de los anteojos
Da el poeta á la beldad,

Mas pide en cambio otra cosa,
Sabe Dios lo que será!
Ola! por allí disputan;
Buena gresca se va á armar,

Si no retira un gitano
Lo que ha dicho á un musulman.
Mascarita, te conozco!
Grita un pollo muy locuaz,

Abrazando á una manola
Que de un griego va detrás.
Y todo se vuelven citas
Y música celestial,

Y, te adoro, prenda mia!
Y, te veo, perillan!
Que el Carnaval es el tiempo
Que esperan muchos quizá,

Para con careta al rostro
Poder decir la verdad.

Esto es hoy! luego del Prado
Las dulces tardes vendrán,
Y la muchedumbre loca
Como hoy, ni ménos ni más,
Dará expansion á la lengua,
Y pasto á la voluntad.
Vendrán las danzas alegres,
Y el estrépito infernal,
Y las carrozas vestidas,
Y la burla sin disfraz,
Y el epigrama sangriento,
Y la lisonja vulgar,
Y la oculta simpatía
Que al cubrirse se verá,
Y la ilusion de un instante
Nacida y muerta á la par.
Y despues?... Vendrán los años
Y en cada uno un carnaval,
Pues como dice la copla,
Y dice una gran verdad,
Sólo nosotros nos vamos
Para no volver jamás.

M. DEL PALACIO.

CANTARES.

Cuando mucho tiempo pase,
Tú vuelvas y yo haya muerto,
De encima de mi sèpulcro
Coge la flor del recuerdo.

La antorcha de la esperanza
Dicen que un ángel la enciende,
Y luce hasta que la apaga
De un solo soplo la muerte.

El engaño y desengaño
Van por el mismo camino;
Y el primero se adelanta
Para hacer al otro sitio.

Al perder mi compañera,
Juré no ser más esposo;
Y me expongo cada día
A quebrantar mi propósito.

A mi amor busqué defensa,
Con no verla y con no hablarla;
¡Mas qué importa si me sigue
Su recuerdo donde vaya!

A orillas del mar dormía
Y una ola llegó á besarme;
Pero temiendo tus iras,
Corrió á una peña á estrellarse.

En la postrer despedida,
Nos miramos uno á otro;
Y lo que el pecho sentía
Lo revelaban los ojos.

Yo creí, cuando me amabas,
Que tu amor todo era mio,
Y en la fuente del engaño
Muchos meses he bebido.

No te enamoren las manos
Bellas, finas, delicadas;
La mano que es más hermosa
Es la que el pobre consagra.

Murió en ti amor y constancia;
Recuerdos evoco en vano;
La nieve de tus cabellos
Tu corazon ha enfriado.

De tu corazon las páginas
He hojeado como un libro,
Y he encontrado en todas ellas
Odio, ingratitud y olvido.

Pedir á la nieve llamas,
Y á Enero flores de Mayo,
Es lo mismo que pedir
Amor á tu pecho ingrato.

Si quieres saber si el lábio
Te miente eterna constancia,

Mírame bien á los ojos
Que en ellos verás el alma.

A la fuente del amor
Fuí con los ojos vendados,
Y al ir á beber, la venda
Me desató el desengaño.

Toda mi ilusion es verte,
Todo mi anhelo es hablarte,
Todo mi bien poseerte,
Todo mi afan no olvidarte.

Por el valle de la ausencia
Avanza siempre el olvido:
Le sirve de guia el tiempo
Y no desanda el camino.

El libro de mis memorias
Tengo que darte á leer;
Verás en todas sus páginas
Cómo he sabido querer.

Del amor de mis amores
Te pintaria el retrato,
Con ébano, nieve y rosa
Y corales perfumados.

Bebí por tu amor triaca,
Que el pecho sentía arder;
Y hoy beberia la muerte
En tus lábios de clavel.

Tu sonrisa es arco iris,
Tu frente cielo sereno,
Tus pestañas noche oscura
Y tus ojos dos luceros.

En estos tiempos de engaño,
Contemplantas, si te fijas,
A la verdad muy tapada
Y desnuda á la mentira.

Pasajera en esta vida,
He tomado algun descanso
Al lado del que padece,
Y le he tendido la mano.

Las ventanas de los ojos
Tienen por cristales lágrimas;
Cuando la pena se asoma
Se vé en ellas reflejada.

En caja de alerce y oro
Guardas de tu amor las prendas,
¡Y yo guardo las del mio
En un sepulcro de piedra!

ISABEL DE VILLAMARTIN.

LOS ECOS DE MI NIÑEZ.

MI ALMA.

Años queridos de la edad primera,
¡por qué fugaces me dejásteis ya?
¡por qué el jardín de fértil primavera,
árido y seco, sólo abrojos dá?
Volved ¡que el tiempo, la memoria mia,
cual ténue chispa sofocando va;
volvedme vuestra paz tan sólo un día,
ved que mi pecho moribundo está!

LOS ECOS.

¡Por qué, mortal, con loca indiferencia
viste la aguja del reloj correr?
¡por qué dormida tu infeliz conciencia
tales tesoros consintió perder?

En vano clamas: tu pasado, ¡ay, triste!
duerme en los tiempos para no volver!
¡Buscas felicidad? ¡Aquí no existe!
Se encuentra fuera del humano sér.

DIEGO CRESPO DE TEJADA.

11 Julio 1866.

LA VUELTA DEL CAMPO

TIPOS ARAGONESES.

Cuando la farola de la Puerta del Sol de Madrid, desplegando sus abanicos de luz anuncia que ha concluido la tarde y comienza la extraña é inquieta vida de la noche, vida artificial, propia de los habitantes de los gran-

lla misma hora algunos oscuros y silenciosos rincones á que la civilizacion no ha llevado aún sus costumbres perturbadoras de las leyes de la naturaleza.

La contemplacion mental de los nuevos horizontes varia el curso de las ideas, y lo que comenzó sátira acaba en idilio.

Vuelven á la memoria los risueños campos que hemos

del timon del arado, que arrastra por la tierra; el vibrante sonido de las esquilas del ganado que anuncian á gran distancia el regreso de los pastores; todos esos murmullos, en fin, que van debilitándose gradualmente y que llenan el alma del suave y sosegado bienestar que nos predispone al reposo y al sueño.

El dibujo que ofrecemos hoy á los lectores del CORREO



LA VUELTA DEL CAMPO.

des centros; cuando los teatros abren de par en par sus puertas, las mesas de los cafés se llenan de parroquianos, los carruajes cruzan las calles á la carrera, las vendedoras de periódicos atruenan los oídos con sus voces, los toreros y los desocupados se poseionan de las cuatro esquinas, y el vicio sin disfraz ni misterio circula en forma animada y viviente, entre la multitud que va y viene presurosa en direcciones encontradas, la imaginacion, amiga de los contrastes, se suele trasportar léjos de la escena que le aturde, comparando el cuadro que ofrecen á aque-

visto algunas veces en nuestros viajes, iluminados por el último y dorado reflejo del sol de otoño; el cielo violado del crepúsculo que guarda aún las armoniosas cintas de la luz que desaparece; la niebla azulada de la noche que borra poco á poco los colores y los contornos de los objetos; las chimeneas del hogar donde se prepara la comida para los trabajadores, y que arrojan á intervalos borbotones de humo; el canto lejano del labrador que vuelve de sus faenas del día, caballero en su poderosa yunta de mulas, y acompaña su cancion con el monótono ruido

con el epígrafe que encabezamos estas líneas, es al mismo tiempo que un estudio de tipos aragoneses, una interesante escena del inmenso y pintoresco cuadro que ofrecen al caer el sol los habitantes de los campos que vuelven á sus hogares; es, por decirlo así, el último verso de una égloga.

X.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Senoras.

Plaza de Prim II. 3

Ayuntamiento de Madrid



ERNESTINA.

Era una tarde del florido Abril, cuando el sol se oculta tras cortinajes de tornasoladas nubecillas, y sus últimos rayos doran la cima de los árboles entre cuyo ramaje cantan su postrera canción los pajarillos; cuando la sombra de los árboles y de las peñas se va tornando por grandes gigantesca prolongándose como una mole informe

tan una vegetación lozana y bosques seculares; al otro el caudaloso Guadalquivir que pasa cortando en dos un valle ameno y dilatado, y más abajo Andújar con su aspecto morisco, con sus altas torres, con sus perfumados jardines. Y para completar el bello panorama, un cielo azul y trasparente, cantos y armonías que nacen aquí y allá, que aquí y allá se extinguen pregonando su hermosura.

Pero no hay belleza sin contraste: mientras se desarrolla ante los ojos del viajero tan espléndido paisaje, sus pies huellan las lápidas mortuorias que formaron el pavimento de una antigua iglesia y descubre por todas partes cerca de sí trozos de murallas, torres derruidas y montones de pie las cubiertas de verde musgo. ¡La muerte y la vida confundándose siempre en un eterno abrazo!

Los tres personajes de que hablamos no pensaban en nada de esto, absortos en una acalorada discusión.

bastan á consolarle! Además, estoy tan débil, tan enferma. ¡Dios quiera prolongar mi existencia hasta que él baje á la tumba!

—Pero, Teresa, ¿pretendes que me quede soltera por todas estas vanas consideraciones?

—Oh, nó; Roberto te ama, y tú le amabas! Había ya recibido tu juramento y la bendición de nuestro padre. Yo no sé qué extraña fascinación obró en tí ese hombre! Por la mañana fuiste á Andújar, lleno tu corazón de la imagen de Roberto, y por la tarde ya habías roto todos los lazos que te unían á tu compañero de la infancia.

—La fascinación es muy fácil de explicar. Conrado es mejor partido.

—Pero también Roberto es rico. Esa casa, que está enfrente de la nuestra, es suya, posee muchos rebaños que pastan en el monte, muchas tierras que le dan ópimos frutos.



Para verdades el tiempo,
Dice un antiguo refrán.
Para verdades el Prado
De Madrid en Carnaval.



El elegante mascaril ganado
Prefiere siempre á la Pradera el Prado.

sobre el musgo de los prados; cuando los insectos buscan un asilo en el cáliz de las flores, y las fuentes sueltan sus más melancólicos murmullos y suspira más blandamente el aura y los ecos hallan en todas las concavidades de la tierra un eco misterioso y prolongado; en esa hora deliciosa en las bellas cercanías de Andújar, que son un traslado del paraíso, el alma se siente casi agobiada bajo el peso de dulces é inexplicables emociones. Allí, en donde por todas partes brotan ramilletes de flores, en donde el ambiente está sobrecargado de perfumes, allí es donde mejor se comprende la existencia de Dios y su hijo el sentimiento.

A la hora y en la tarde de que hablamos, que era la del 2 de Abril de 1842, hallábanse dos jovencillas y un sacerdote de mediana edad sentados los tres sobre un fragmento de columna cubierto de musgo.

El sitio en donde se hallaban era Andújar el Viejo, que está situado á una legua por encima de la ciudad moderna, y aquella columna monumental habría formado parte tal vez de la antigua Illiturgis, que tuvo la intrepidez de proclamar su amistad hacia Cartago delante de las embravecidas huestes de P. Escipion, á su vuelta de Africa, quien la entregó á sangre y fuego despues de una heroica resistencia.

Imposible es describir con palabras el magnífico paisaje que desde aquel sitio se ofrece á las miradas.

A un lado las peladas crestas de Sierra Morena cubiertas de nieves sempiternas, con sus laderas que osten-

—Sí, decía la mayor de las dos jovencillas, dentro de ocho dias estaré en Madrid: tendré coches, galas y numerosos criados. Frecuentaré los bailes, los teatros; seré la reina de los elegantes círculos sociales, porque Conrado es rico, inmensamente rico, y está orgulloso con mi hermosura.

En efecto, la que hablaba así era perfectamente hermosa, y formaba un raro contraste con su compañera, pálida, dulce, tímida, pero sin brillantes atractivos.

—Oh! qué existencia tan dichosa me espera! prosiguió con entusiasmo la joven. Esta es la realización de todos mis ensueños, el cumplimiento de mis más bellas esperanzas. ¡Era, pues, la voz del destino la que murmuraba en el fondo de mi corazón de niña, presagiándome un brillante porvenir!

—Pero, hermana, murmuró tímidamente la otra, tú apenas conoces á Conrado, no le has visto más que un dia, ¿cómo es posible que le ames?

La joven se sonrió con desden.

—Y para qué necesito amarle! repuso; me coloca en una envidiable posición, y esto me basta.

—Confías en su cariño?

—Qué me importa!

—Y dejas sin lágrimas á tu pobre padre ciego? ¿Quién le dará el brazo en sus paseos? ¿Quién le alegrará en las tristes veladas del invierno?

—No le quedas tú por ventura!

—¡Oh, yo soy á sus ojos una niña, y mis palabras no

—Sí; pero es como la ostra adherida á la roca que la sustenta; ¿y quieres tú que yo sepulte mi hermosura en este rincón del mundo?

—¡Pero él te ama, Ernestina, y va á ser muy desgraciado!

Brilló en los ojos de esta un relámpago de vanidad satisfecha, y respondió con insultante ironía.

—Pues tanto le compadecees, ¿por qué no curas las heridas que yo le hago? ¿Por qué no te casas con él?

La pobre niña retrocedió algunos pasos, y se llevó ambas manos al corazón, como si acabase de recibir un golpe de muerte. Cuando levantó la cabeza estaba lívida, y dos gruesas lágrimas pugnaban por asomarse á sus ojos azules y melancólicos.

—¡Lo que haces no está bien hecho, Ernestina, dijo entonces el sacerdote meneando tristemente la cabeza, y el que aquí siembra lágrimas, recoge en cambio amargura, no lo olvides! ¡Supuesto que has leído en el corazón de tu hermana, deberías prosternarte ante ella y adorar su abnegación y su virtud! ¡No, nada de lo que haces está bien hecho! ¡Recuérdalo, tú pusiste en juego toda clase de ardid para apoderarte del alma de Roberto y arrebatársela á tu hermana, y ahora son tres seres los que lloran tu inconsecuencia y tu abandono! ¡Ah, no son estas por cierto las máximas que yo he procurado grabar en tu alma juvenil, nó! Un lazo anudado por el egoismo, se convierte en una cadena de hierro; un juramento pronunciado sin buena fé, es una blasfemia, y la blasfemia es una ponzoña que

acaba por abrasarnos las entrañas! No haces tan sólo una ofensa á Dios: proclamas una mentira, y luego te faltarán las fuerzas para sostenerla á la faz del mundo. Guárdate, Ernestina: el matrimonio nos impone deberes sagrados, de una consecuencia tan trascendental y tan grande, que no hay ningún delito comparable con el delito de violarlos. Puesto que tu alma es muda, que tu corazón es seco, no hablaré á tu alma ni á tu corazón; hablaré tan sólo á tu egoísmo: piensa que nada son el lujo y los placeres, si la paz y la concordia no se asientan á la cabecera del lecho nupcial. Piensa que el matrimonio, sin amor y sin deber, es para el hombre lo que el lóbrego calabozo para el condenado á muerte. Como él, vive en las tinieblas, y sólo podrá saludar el sol cuando tronche el verdugo su cabeza. La paz y el amor son los dioses penates del matrimonio; son los dioses penates que Eneas pensó en salvar antes que su propia vida. Hay un refrán vulgar, que como todos los refranes que consagran el tiempo y la experiencia, son una verdad infalible. Este es: *quien mal hace, mal encuentra...* Tú haces mal, ¡ay de tu vejez, Ernestina!

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras el sacerdote, cuando la joven se levantó impaciente y se alejó por una frondosa calle de árboles.

Sus dos interlocutores la siguieron guardando un triste silencio.

A la noche siguiente, una de las mejores casas de Andújar el Viejo estaba profusamente iluminada, y salían de su interior torrentes de armonía.

Es que se solemnizaba con un baile el casamiento de Ernestina, que se había verificado aquella tarde misma.

Tanto como era mayor el bullicio que reinaba en el interior de la casa, tanto era profundo el silencio que reinaba en torno de ella, y hasta los pájaros cantores de la noche parecían haber enmudecido para recoger los ecos de aquella alegre música; hasta la brisa había interrumpido sus ayes y la fuente sus murmullos.

Un hombre estaba sentado en el tronco de un árbol, en frente de la casa, y tenía la cabeza caída sobre el pecho y las manos cruzadas sobre las rodillas. Era Roberto.

Al breve rato una sombra leve y blanca salió furtivamente de la casa, y acercándose á él, puso una mano en su hombro.

Roberto levantó la cabeza: sus mejillas estaban inundadas de lágrimas.

—Teresa! exclamó sollozando.

Teresa se sentó junto á él, y lloró en silencio.

Una tórtola solitaria cantaba sobre una rama vecina. Aquel triste lamento hallaba un eco en sus acongojados corazones, porque parecía participar de su amargura.

Pasóse mucho tiempo.

—Gracias, hermana! exclamó por fin Roberto. ¡Dios os bendiga por el bien que me habeis hecho! ¡Todos me han abandonado! ¡Vos renunciáis á los placeres del baile para consolar á un desdichado!... ¡Y pierden toda su amargura las lágrimas cuando las recoge un alma compasiva! ¡Me parece que la losa que oprimía mi corazón se ha desvanecido! ¡Me parece que sufro menos! ¡Adios, Teresa, adios; nunca olvidaré que habeis sido conmigo bondadosa y compasiva!

Y Roberto, despues de haberla estrechado con efusión la mano, se dirigió á su casa. Teresa se lanzó en la suya.

Cuando entró en la sala de baile sonreía á través de sus lágrimas. Acababa de experimentar todas las delicias de los ángeles, porque había vertido el bálsamo del consuelo sobre un corazón desesperado.

II.

Habíanse pasado quince años desde el anterior suceso, y hé aquí lo que escribía Teresa, sentada bajo un verde emparrado, en una mañana del mes de Abril, mientras cantaban en su derredor las avejillas, mientras balaban en el prado las ovejas, y las flores se balanceaban sobre su frondoso tallo:

“Leo en tu carta que eres muy dichosa, Ernestina, y, no obstante, desde que Clara, tu buena nodriza, ha vuelto, siento un pesar que me tortura el alma. Dice que habitas en un espléndido palacio, que tienes una multitud de criados, muebles magníficos y deliciosos jardines. Dice que tienes tres coches, uno de ellos, el más hermoso, con tus armas esculpidas en la portezuela y tirado por dos caballos tordos que no los hay mejores en las caballerizas de la reina. Me ha contado que tus salones están siempre llenos de personajes de la alta aristocracia, y que todos te adulan y terinden homenaje. No sé cuántos miles reales me ha dicho que te había costado tu último baile. Es una suma tan fabulosa, que se extremece el corazón al

pensar que has podido gastarla fútilmente en una noche. También me ha referido cuál es tu método de vida: dice que te levantas á las dos, que te desayunas y consagras al tocador dos horas, hasta las cinco. A esta hora sales á paseo ó recibes visitas. Comes á las ocho; á las diez vas al teatro hasta las doce, y á las doce te diriges á alguna reunión elegante, en donde transcurren dulcemente las horas hasta que raya el alba.

Soy una pobre campesina, y no sé hallar el encanto de esa vida; pero en cambio otros detalles que me ha dado me llenan de angustia y de zozobra. Tú ocupas un ala del palacio y tu marido la opuesta. La habitación de tus hijos está completamente separada de la de ambos. Vosotros dos apenas intervenís en su educación; primero el ama, luego el aya y ahora los preceptores, os relevan de todo deber, de todo cuidado. Los criados de cada uno, los amigos, las relaciones, todo es distinto. A veces se pasan ocho días sin que tú veas á Conrado, sin que éste vea á sus hijos.

Como no sean días de convite, nunca comeis juntos; tú con tus amigas, á quienes él no conoce; él con sus amigos, que acaso le guien al precipicio. A veces no duerme en su casa, y tú no lo sabes; bien es verdad que á él le sucede lo mismo contigo.

Tampoco las relaciones de tus hijos son las tuyas, ni las de tu marido, y si os halláis por casualidad en alguna reunión, os saludáis con tanta ceremonia como si fuérais unos extraños. En los veranos, tú te vas á baños, Conrado á París, y tus hijos se quedan en Madrid. La pobre Clara está aturdida, y refiere con cándida sorpresa, que un día, por una torpeza de los criados, Conrado recibió la visita de un amigo tuyo, á quien no conocía, y despues de una graciosa escena muda, tu marido tomó la determinación de llevarlo á tu santuario, en el cual, sin embargo, no pudo entrar, porque se lo prohibió la camareira. Al cabo de diez minutos salió esta misma, é introdujo al visitante, mientras tu marido se volvía silbando á su aposento.

Otras muchas cosas me ha contado, á las cuales no quiero dar asentimiento; pero ¿adónde va á conducirnos todo esto, Ernestina? ¡Ah! créelo, tiemblo por tí, y todos los días voy á rezar una Salve á nuestra ermita querida, á la ermita de Santa María de la Cabeza, para que te proteja contra todos los peligros.

Ahora voy á hablarte un poco de mí. Mi vida es muy monótona, muy uniforme; pero vivo contenta y tranquila, porque puedo sembrar en mi derredor un poco de bienestar. Nuestro buen padre envejece mucho, y sobre ser ciego, está ya paralítico, de modo que es un milagro la prolongación de su existencia. También nuestro buen cura, nuestro antiguo preceptor, ha venido á vivir con nosotros. Sufro algunas veces; pero otras soy muy dichosa, cuando ambos me llaman su ángel custodio, su buena Teresa.

Me olvidaba hablarte de un antiguo amigo: miento, no me olvidaba; pero no me atreva á hablarte de él.

Roberto, que despues de tu casamiento, habiendo recogido la herencia de un tío, se marchó á viajar, ha regresado despues de dar la vuelta al mundo. Su fisonomía es siempre triste; pero no expresa ya aquel dolor agudo, aquel horrible decaimiento de cuando se marchó. Está muy cambiado, y puedo asegurarte que en ventaja suya, físicamente; pero en cuanto á sus cualidades morales es siempre el mismo. Viene todas las noches, y sentados los cuatro delante del hogar, yo trabajo y él nos refiere con mucha gracia mil anécdotas de su viaje.

Cuando te volveré á ver, hermana! Hoy hace quince años que nos hemos separado, y no se pasa ni un solo día sin que nuestro buen padre pida á Dios la gracia de verte á abrazar, antes que la muerte le sorprenda. ¡Ven, Ernestina, ven! ¡Ve á buscar un momento de descanso en nuestros brazos!

III.

Habíanse pasado diez años más, desde que Teresa escribía esta carta, y era todavía la brisa del mes de Abril la que rizaba las aguas de las fuentes, la que suspiraba entre las hojosas ramas de los árboles.

Nada había cambiado de aspecto en la casita blanca. Las mismas enredaderas cubrían sus ventanas bajas, los mismos árboles la daban sombra. Sin embargo, delante de la puerta, sobre la alfombra de musgo, brillante con el rocío de la mañana, jugaban cuatro niños, hermosos como los ángeles.

El mayor tenía nueve años, la menor era una niña, graciosa y sonrosada.

De repente resonó el alegre tañido de una campana, y los cuatro se lanzaron al comedor. Había preparada allí una larga mesa, cubierta de manteles más blancos que la nieve, y sentado á su testero veíase á un anciano paralí-

tico. Los niños fueron uno tras otro á besarle la mano, y él les dió en cambio su bendición.

Casi al mismo tiempo entraron un hombre y una mujer, cogidos de la mano, y sonriendo con la inefable sonrisa de los justos. Eran Teresa y Roberto: eran las dos almas amantes, que Dios había por fin reunido; eran los dos corazones apasionados, que ya no producían más que un latido. Ella, que había alimentado durante quince años la llama de aquel amor casto, de aquel amor sublime, de aquel único y verdadero amor, formado de abnegación y de pureza, que sienten los serafines; él, que había necesitado quince años para borrar del suyo la imagen adorada.

Y Dios los había por fin reunido, porque eran dignos el uno del otro; Dios los había reunido, como se reúnen dos amantes pajarillos en un mismo rayo de sol despues de haber pasado la tormenta, y eran tan dichosos como se puede serlo en esta tierra de dolores. ¡Qué más podían desear! Recibían todos los días la bendición de su padre y del buen cura, y sus hijos crecían á su sombra, adornados de gracias y virtudes. Su hacienda prosperaba, sus campos estaban mejor cultivados, y se había aumentado considerablemente el número de sus rebaños. En aquella modesta casita se habían refugiado la paz y la tranquila ventura, y nada turbaba el sueño de sus apacibles noches. Los criados envejecían allí con los amos; los pobres de la comarca formaban sinceros votos porque el cielo los colmase de delicias, y tenían numerosos amigos que los distinguían con su ternura.

Teresa y Roberto se acercaron también respetuosamente á besar la mano de su padre, y dieron sonriendo los buenos días al cura, que acababa de entrar y estaba jugando con los niños.

El almuerzo fué alegre y expansivo, presidido por la franqueza, la cordialidad y el verdadero afecto.

A los postres un criado trajo una carta. Teresa dió un grito de júbilo; era de Ernestina, y leyó en alta voz lo siguiente:

“Querida hermana: Deseo que vengas á pasar algunos días conmigo: estoy enferma, y confieso que tengo algunos disgustos. Tú, sin duda, sabrás que aunque hace algunos años que yo y mi marido vivíamos separados amigablemente, hace dos que las cosas llegaron á tales términos que me vi obligada á pedir el divorcio. El vivía en París con una bailarina, de la cual tenía muchos hijos, y eran tan desordenados sus gastos, que no pudo seguir enviándome la pensión convenida. Empezó por pedirme á mi hija mayor, si quería seguir recibiendo, y yo me vi en la dura necesidad de mandársela. La pobre niña vive allí con los hijos bastardos y al lado de esa mujer, que es peor que una madrastra. Pero este sacrificio no bastó, por que era sólo un pretexto para ganar tiempo: mi marido siguió haciéndome carecer de todo, y tuve que empezar el pleito, que ha sido largo y enojoso. El ha hallado infames que me calumniasen y presentasen ante los tribunales pruebas de deslices que no he cometido. En último resultado, sólo á fuerza de empeños pude conseguir que no me encerrasen en una horrible reclusión, y aun es mucho. He tenido que luchar sola contra todos, porque no sé si te he dicho que Andrés, mi hijo mayor, se ha casado con una muchachuela del pueblo, y sólo piensa en la grosera familia que se ha formado. El otro ha muerto desgraciadamente en un desafío: ya ves si necesito de tus consuelos.

Además, estoy fatigada de la vida: ¡yo no quería decirte! pero hace mucho tiempo que estoy fatigada!

¡Las costumbres han cambiado tanto de ocho años á esta parte!

Los hombres se han vuelto groseros, y las mujeres han acrecentado su desvergüenza y su coquetería. La mujer de uno de mis mejores amigos, que ahora ha cometido la torpeza de casarse con una niña, dice que el cambio estriba en que yo me he vuelto vieja; pero no es verdad, porque cuando consulto el espejo me encuentro aún bastante hermosa.

Tú me lo dirás ingenuamente; ven, pues, que te espera con impaciencia tu—Ernestina.”

La lectura de esta carta hizo verter á la virtuosa familia las primeras lágrimas de amargura, despues de diez años de inalterable contento.

Aquella misma tarde Teresa y Roberto se pusieron en camino para Madrid; pero ¡ay! que cuando llegaron delante de la fastuosa mansion donde habitaba su hermana, hallaron el portal obstruido de gente, y supieron con dolorosa sorpresa la muerte repentina de la que tan brillante papel había representado en el mundo.

Teresa penetró con el corazón palpitante en aquella casa, en donde no debía ya hallar más que un cadáver. Todas las puertas estaban abiertas. Atravesó los salones adornados con un lujo verdaderamente régio, y se halló por fin en la cámara mortuoria. Sobre el lecho, solo, frío, abandonado, estaba el cadáver; á los pies de la estancia,

sentados alrededor de una mesa, un escribano y algunos alguaciles, que hacian un inventario de todo lo que existia en la casa.

¡Allí no habia esposo é hijos que llorasen; allí no habia amigos que se condolieran de la que habia dejado de existir, porque los amigos de salon lo son únicamente en las prosperidades de la vida. En cuanto á los criados habian desaparecido, despues de haber saqueado sus alhajas. ¡Aquella mujer tan adulada, habia espirado sin hallar un rostro amigo! Las lágrimas de Teresa y de Roberto fueron las únicas que descendieron sobre sus párpados abiertos!

Los dos esposos hicieron embalsamar el cadáver y lo llevaron consigo á su rincón del mundo.

El día que lo sepultaron en el cementerio de Andújar el Viejo, todos sus habitantes asistieron á la lúgubre ceremonia. Teresa, Roberto y sus hijos, arrodillados junto á la entreabierta sepultura, vertian sinceras lágrimas, y el pueblo conmovido oraba en voz baja.

—Hijos míos! exclamó el anciano cura en medio del silencio universal, esta infeliz, á quien yo he educado en el santo temor del cielo, dando rienda suelta á su orgullo y á su ambicion, ha destruido su casa y ha hecho la desdicha de su marido y de cuantos la rodeaban. ¡Aprended, pues, aquí cuál es el fin de las pompas mundanas, cuál es el fin de la mujer que hace del matrimonio un frívolo comercio!

ANGELA GRASSI.

LA ABADIA.

NOVELA DE RODOLFO JOPFFER

libremente arreglada

POR MICAELA DE SILVA.

(Continuacion.)

Tanta bondad me penetraba el corazón de ternura, de gratitud y respeto, sólo que al par de mi afecto, crecía mi timidez y la dificultad de mostrarme agradecido. Sentía fuertes impulsos de arrojarme á sus plantas, cubrir sus manos de besos, y dejar que mis lágrimas dijieran lo que mis labios no acertaban á decirle... pero la cortedad, el encogimiento, me lo impedían, y quedábame helado, mudo, frío en apariencia... descontento de mí mismo, alejábame de su presencia, y corría en busca de la soledad para colmarle de bendiciones.

A solas, desatábase mi lengua... Si los gansos racionaran y sintieran, hubieran conmovido al oír mis bellos y elocuentes discursos, pronunciados en alta voz y con el tono más patético del mundo.

Apuraba las ficciones y los recursos de la imaginación inventando los incidentes más á propósito para obligarme á romper el silencio... Entre otros... ¡me atreveré á decirlo!... El de suponerme á las puertas de la muerte, y como si su proximidad diera más precio á mis palabras, más fervor á mis protestas, pedíale perdón de mis faltas, bendecíale por cada uno de sus innumerables beneficios, dirigíale un solemne adiós, y alucinado por mi creciente y extraordinaria emoción, sentía, ó por lo ménos creía sentir sus lágrimas caer sobre mi rostro, y parecíame oírle sollozar sobre mi almohada.

Persuadido de que no podría vencer mi extraña cortedad, ocurrióme un expediente cuya ejecución me parecía más fácil, el de valirme de la pluma. De modo que, pudiendo hablarle sin testigos á cualquiera hora del día, corrí á mi cuarto, y á puerta cerrada escribí veinte cartas á cual más tiernas y expresivas... Leíalas, y rasgábalas pareciéndome insulsas ó atrevidas; escribía otras y sufrían igual suerte: así, rasgando un pliego tras otro, concluía por guardar el postero... Bajaba resuelto á entregar el escrito, pero bastaba que le llevara en el bolsillo, para que huyera de hallarme á solas con mi venerable protector, y si éste me llamaba ó salía á mi encuentro, mi primer cuidado era estrujar la carta de modo que no pudiera ser entregada.

Esto se repitió varios días, y escribiendo una de tales cartas me habia emborrinado las uñas; por eso al verlas negras me acordé, como llevo dicho, del cura y de la epístola, que se hallaba concebida en los términos siguientes:

«Señor Cura: Escribo á Vd. la presente, porque de palabra no me atrevo á decirle lo que siento: varias veces lo he intentado, y no lo he podido conseguir, por causa de mi excesiva timidez; fuerza es abrirle mi corazón, y que V. sepa lo que pasa en él.

Hace ocho meses, el otoño pasado fué... Luisa y yo salimos de paseo con intención de visitar á las vacas que se hallaban en la quesera... cuando volvimos era ya de noche. V. estaba con cuidado. El papá de Luisa la regañó atrozmente.

Desde la tarde aquella, no sé lo que me pasa. No me

atrevo á jugar con Luisa... me acobarda su presencia, y no acierto á imaginar dicha mayor que la de vivir á su lado... sin ella no podría ser feliz... este pensamiento me acosa de continuo... no me deja trabajar... ¡Le habré parecido á V. huraño, negligente, distraído... ingrato! ¡Ay, señor cura de mi alma! no es culpa de mi voluntad!... No señor: trabajo lo que V. no sabe para vencerme y deseché unos pensamientos que acaso juzgará V. reprensibles, ó por lo ménos extravagantes... Ahora que ya lo he dicho... creo que si V. me pregunta, podré contestarle con franqueza. Es todo lo que desea su agradecido

CARLOS.

Efectivamente; una tardecita del otoño anterior, habíamos salido á visitar las queseras establecidas al pie de la montaña. En ellas veraneaba el ganado segun costumbre. Luisa y yo cruzamos el bosque corriendo, jugando, y parándonos á cada paso á coger zarzamoras; al llegar á un claro, pusímonos á gritar como locos, el eco nos contestaba y á fuerza de oír su misteriosa voz, entrónos miedo, y apretamos á correr como ciervos perseguidos, cosa que al poco rato nos hizo reír á carcajadas.

Así riendo, llegamos orillas de un arroyo asaz caudaloso para que no pudiéramos saltarle á piés enjutos. Yo quise, como lo habia hecho muchas veces, pasar á Luisa en brazos... pero ella retrocedió poniéndose colorada... Yo, sin saber por qué, sentíme cortado, bajé los ojos, y púseme á buscar piedras con que formar un pontoncillo, ó cosa parecida... Observé que Luisa tenia reparo en descalzarse á mi vista, y volví la espalda, tomando la delantera... De allí á poco sentí sus pasos en el agua, pero no me atreví á volver la cabeza.

Pasado el arroyo, paróse á calzarse, y yo seguí andando sin mirarla. Ella vino á colocarse á mi lado sin decirme una palabra, y en vez de tomar el sendero que conduce á la montaña, torcimos por otro hacía el bosque, y en silencio entramos en la espesura...

Las sombras avanzaban entre tanto, algunas estrellas tachonaban el oscuro azul del firmamento, el monótono canto del cucullo mezclábase por intervalos al melancólico silencio de la tarde, la luna en su lleno plateaba las copas de los árboles y sus rayos deslizábanse al través del follaje, formando á nuestros piés los dibujos mas caprichosos. Mas segun iban espesando los árboles, íbase aumentando la oscuridad, no sé que ruido sonó entre las matas... y Luisa, por un movimiento instintivo, cogióse de mi brazo y estrechó mi mano entre la suya con más miedo que otra cosa. No obstante, aquel llamamiento á mi valor, produjo un efecto maravilloso... Desapareció instantáneamente la inquietud que, á pesar mio, iba sintiendo, y remplazóla un sentimiento varonil... Creíme destinado á servirla de protector, y mi corazón latía de orgullo y de contento.

Habíamos salido entrambos de una situación embarazosa; sin haber reñido, parecíame soborear las dulzuras de una reconciliación; ser el apoyo de una criatura más débil, más tímida que yo, era cosa que me halagaba extraordinariamente.

Volvíame á cada paso á mirarla, y aunque las sombras me impedían verla, esto, en vez de contrariarme, hacía que sintiera doblemente los encantos de su presencia.

Cogidos de la mano salimos de la espesura y atravesamos la pradera... la luna nos alumbraba el camino. Ya no habia pretexto que me autorizase para retener aquella mano cuyo roce me causaba un malestar mezclado de inefables sensaciones y delicias... Soltarla parecíame un desaire, retenerla un exceso de libertad... De todas véras llegué á desear que Luisa me sacara del apuro, soltándola ella misma... por fortuna encontramos un seto que brincar, y sin afectación pudimos salir del paso y continuar el camino hasta casa. En ella estaba el maestro echando petiscos á causa del retraso, y lo mejor que nos llamó fué vagamundos....

Embebido en tales recuerdos me hallaba leyendo y releiendo la carta susodicha, cuando sentí el ruido del balcón inmediato que se abría. Miré y ví que se asomaba el señor cura... Esto bastó para que hiciera con el papel una especie de taco, estrujándole como á sus compañeros.

El señor cura no apartaba de mí los ojos, notaba en él un no sé qué de melancólico y turbado... no me llamó para dar la lección acostumbrada... Tenía el sombrero de teja puesto, señal infalible de que pensaba salir inmediatamente. Cosa que deseaba yo que hiciera, por librarme de un testigo de vista... Su presencia querida me importunaba en aquel momento, y no sabia cómo disimular mi turbación y empacho.

Afortunadamente acudió un amigo á sacarme del apuro. Este fiel amigo llamábase Canelo, era el mastin encargado de guardar las vacas y ovejas del señor abad.... El tal perro nada tenia de bonito, pero sí tenia mucho de inteligente y cariñoso. Era brusco en sus modales, pero

francote y leal en sus afecciones; la que me tenia, notábase desde luego en sus ojazos, cuya expresión, algo salvaje y feroz, tornábase para mí gozosa, inteligente y sumisa.... Era forcejudo y valiente como él solo, hacía pocos meses que al volver con el rebaño, hubo que haberse las con un par de lobos hambrientos. Cuando llegó al redil, contáronse las reses, no faltaba ninguna, pero á su guardian le faltaba una oreja: honrosa mutilación que le valió el ser festejado y aplaudido como un héroe. Aplausos que no envanecieron al noble cuadrúpedo, como envanecen á las criaturas racionales otros ménos espontáneos, y, acaso, no tan merecidos.

Al verle llegar meneando la cola en señal de afecto, levantéme á recibirle y fingiendo que le seguía dócilmente adonde queria llevarme, llevéle adonde quise hacer que me siguiera.

No fuimos léjos: en torno de la casa extendiase un parque sembrado de césped y plantas sobre las cuales descollaban los mirabeles, las lilas y groselleros; altos nogales y copudos lilos dábanle sombra y realce... Cerca de las tapias crecían sin orden ni cultivo las retamas, las madreselvas, los espinos, la hiedra y las enredaderas silvestres, formando pabellones cuya entrada no era fácil, porque la maleza obstruía el paso.

En aquel rústico asilo entré con el perro que andaba y desandaba olfateando los matorrales, persiguiendo á las sabandijas, y asustando con sus ladridos á los pájaros que dormían ó descansaban entre las hojas... Vióme tomar asiento y plantóseme delante como diciendo: ¡A qué venimos aquí!...

Ese era lo que yo me preguntaba, cuando hacía mi espalda oír una especie de gruñido sordo, levantéme y aparté con precaución las ramas, no siendo poca mi sorpresa y contrariedad al hallarme con el maestro que dormía tendido sobre la yerba. Su rostro, desarrugado por el sueño, parecióme venerable y hasta simpático... Al verle tan sereno y confiado, sentí que se ablandaba mi corazón. Estúvele contemplando, y ya me retiraba, cuando un movimiento de curiosidad detuvo mis plantas; ó por mejor decir, moviólas para que me acercase más y más al maestro.

Este vestia un gran chaqueton de dril con bolsillos en los delanteros, de uno escapábase á medias un papel manuscrito y doblado en forma de carta. Un vago presentimiento me hizo sospechar que habia una misteriosa relación entre la carta y la tristeza que manifestaba el semblante del señor cura... fijé los ojos en la letra... y ¡oh, sorpresa! la letra era de Luisa... y uno de los renglones comenzaba diciendo: "Querido Carlos."

Luego la carta se habia escrito para mí... ¿Con qué derecho me la interceptaba?... Mi primer impulso fué arrebatársela... contúvome la reflexión y el temor de las consecuencias de mi arrebato.

Acerquéme para leer algunos renglones, y todo mi cuerpo temblaba como si fuera el de un criminal dispuesto á consumir el crimen más atroz... Hasta en las copas de los árboles temía que se ocultaran los testigos de mi osadía. El maestro seguía roncando y su cabeza espeluznada, su robusto cervigullo, su ancha mano, causábanme un miedo cerval.

El perro me miraba de hito en hito, y al verme tan azorado tomó un aire receloso. Con la nariz dilatada, el ojo avizor, la oreja lista y una pata en el aire, husmeábalo todo, y parecia dispuesto á cualquier lance. De pronto se le ocurrió á un lagarto salir de su madriguera, y allí fué Troya... El perro se lanzó al bicho, metiendo no poca bulla con sus gruñidos y pataleos sobre las hojas que chascaban debajo de sus patas... Decir el miedo que pasé, no me seria fácil. Baste confesar que todo mi cuerpo se bañó en sudor frío... Mas por otra parte, sentíme animado al notar cuán profundo era el sueño del sochantre, que ni siquiera se habia movido.

(Se continuará.)

Explicacion del Figurin 1012.

Dos elegantes trajes para reunion de confianza.

FIG. 1.ª—Falda lisa de terciopelo verde, que dibuja un poco de cola, y túnico de satin de seda gris, orillado de ancho encaje negro y pasamanería verde, y adornado por delante de arriba abajo con patas de encaje negro, y pasamanería y botones verdes. Completa el túnico una graciosa chaquetilla guarnecida del mismo modo.

Cuello alto, corbata verde y lazo verde en el cabello.

FIG. 2.ª—Tan distinguido como el primero es este traje de seda negra, salpicada de florecitas blancas, verdes y encarnadas. Le completan una echarpe muy ancha de colores vivos, anudada atrás, y cuello fichú y mangas de encaje blanco.

Estos dos trajes se recomiendan por su severa sencillez y su exquisita elegancia.



LA REINA DE LOS LAGOS.

¿Quién no se acuerda del terrible incendio que destruyó no há mucho la ciudad americana de Chicago, llenando la noticia de esta catástrofe imprevista de horror y espanto al mundo?

Pues bien, con la prodigiosa actividad que caracteriza al pueblo americano, *La Reina de los lagos* acaba de renacer de sus propias cenizas.

Los vestigios de las llamas van desapareciendo, y una nueva ciudad, mejor ordenada y más sólidamente construida, se levanta sobre las ruinas todavía humeantes de la antigua. Los ferro-carriles y el puerto recobran su acostumbrado movimiento, el palacio de la Bolsa está ya terminado, la Aduana abierta, los Bancos funcionan, el comercio despliega su incansable actividad y los periódicos hacen gemir otra vez las prensas. Pocos días han bastado para llevar á cabo este trabajo gigantesco, y la ciudad de Chicago vuelve á ocupar su puesto entre las primeras ciudades del mundo.

Pero quién ha obrado este milagro? La caridad, siempre ingeniosa y activa, lazo de flores que une entre sí á los desventurados peregrinos de la tierra.

Todas las ciudades de los Estados-Unidos rivalizaron en benéfico celo y con maravillosa prontitud enviaron socorros para cien mil infelices que carecían de techo, vestidos y alimento.

En San Francisco de California, se formó una sociedad de señoras para proveerles de ropa blanca. En un grande establecimiento de máquinas de coser, puesto á su disposición por un rico manufacturero de aquella ciudad, se instalaron en el primer día 150 señoras pertenecientes á las más aristocráticas familias, y al cabo de una semana su número se aumentó hasta 800.

Durante diez horas al día 300 máquinas de coser trabajaban asiduamente, y todas aquellas operarias improvisadas obedecían á un espontáneo y caritativo impulso, bajo la dirección de *Mistriss Bugdeé*.

El Correo de los Estados-Unidos de Nueva York refiere, en un interesantísimo artículo, que la línea de Erie á Chicago ofrecía en aquellos días un espectáculo admirable.

En el momento en que se cargaban los wagones, llegados de Boston, nuevas cajas y nuevos bultos se acumulaban incesantemente sobre la vía; señoras elegantes en sus coches, é infinitas personas á pie, acudían en tropel á esta cita sublime de la caridad para deponer sus pobres ó ricas ofrendas.

Once mil wagones fueron cargados en un instante, y el tren monstruo se puso en movimiento con la rapidez de una flecha. Por todas las estaciones por donde pasaba, el pueblo acudía en masa cargado de presentes, ondeaban las banderas, repicaban las campanas y mil vítores fervientes saludaban á la soberbia locomotora que, envuelta en torbellinos de humo y fuego, parecía devorar el espacio. Era un entusiasmo indescriptible, una lucha generosa que llenaba el corazón de orgullo y de alegría, al considerar cuán grande es el hombre si se entrega á sus nobles impresiones.

Se calcula que las mercancías expedidas solamente por este tren, ascendieron á la suma de 100.000 dollars. Y al día siguiente fué mucho mayor.

Cosa verdaderamente admirable! Aquel pesadísimo convoy, recorrió en 11 horas muchísimas leguas, y sorprendido por una borrasca de nieve, no detuvo ni un solo minuto su carrera vertiginosa al través de las tinieblas.

América es el país de las Mil y una Noches: pocas personas podrán siquiera concebir el maravilloso incremento que ha tomado allí el comercio. Sólo las importaciones de San Francisco, ascienden cada año á 250 millones de francos.

El periódico *San Francisco Pall*, publica una lista de los personajes opulentos de aquella ciudad, en la cual se cuentan 51 millonarios, que poseen cada uno 50 millo-

nes de francos, 10, tres millones, y 61 dos millones y medio.

¿Qué os parece, queridas lectoras, de este país de Cresos, en donde no se pasa por ricos poseyendo una fortuna menor que la que acabo de citaros?

EPITAFIO DE UNA JÓVEN.

DE RNEBERG, POETA SUECO.

La jóven acaba de ver á su prometido y trae las manos encarnadas. Su madre la dice: Hija mia, ¿por qué tienes las manos tan encarnadas?—Madre, he estado cogiendo rosas y me he punzado con las espinas. Otro día vió á su



¡MIEL DE LA ALCARRIA!... ¡MIEL!

prometido, y volvió con los labios rojos. Su madre la dijo: ¿Por qué tienes los labios tan rojos?—Madre, he estado cogiendo fruta entre los matorrales, y con el jugo se han puesto rojos. Otra vez vió á su prometido, y volvió con el rostro pálido. Su madre la dijo: Hija mia, ¿por qué estás tan pálida?—¡Ay, madre mia, haz que me abran la sepultura, que me entierren pronto, y pon sobre mi tumba una cruz con estas palabras: un día vino con las manos encarnadas, porque su prometido se las había estrechado entre las suyas; otro día vino con los labios rojos, porque su prometido le había dado un beso; una tarde, por fin, vino con el rostro pálido, porque su prometido la había abandonado: niñas, ¡huid de los halagos de vuestros falaces prometidos!

CORRESPONDENCIA.

P. O.—Murcia.—Hé aquí el modo de usar el agua de las hadas: se echa en una taza una pequeñísima cantidad de líquido, y se moja un cepillo, que se pasa suavemente por los cabellos, grises ó blancos, después de haberlos separado en mechones; esta operación se repite dos veces al día, aguardando sin embargo á que el cabello esté enjuto. Obtenido el color que se desea, no se aplica el agua más que tres veces por semana, luego cada quince días y luego cada mes. Después bastará mojar

constantemente, al tiempo de peinarse, la raíz de los cabellos.

G. M.—Bayona.—Las cintas quedan perfectamente lavándolas con cerveza y planchándolas cuando todavía están húmedas.

I. J.—Santander.—Los aderezos de acero han tenido su época, hoy apenas se llevan. Sólo las personas ricas pueden gastar en futilidades que pasan con la moda: espere V. más tiempo y compre V. un aderezo fino.

V. C.—Barcelona.—No damos un lugar en nuestra correspondencia, más que á aquellas respuestas que pueden ser útiles á nuestras suscriptoras: las de interés particular se contestan directamente.

M. O.—Pamplona.—Para bordar en tul, se perfilan antes todos los contornos, y luego se llenan las hojas y las flores á punto cruzado con hilo de encaje.

L. S.—Málaga.—En las jardineras de salón no ponga V. más que flores sin perfume; el heliotropo, el jazmin y las violetas, podrían incomodar á las personas delicadas que vayan á visitarla.

M. M.—Oporto.—Nadie ha visto á la felicidad más que á través del manto de la esperanza; nadie ha gozado de los tesoros de ventura con que sueña su acalorada fantasía; y sin embargo, todos la buscamos con una perseverancia indecible, y cuando el mundo nos muestra la fría realidad, levantamos los ojos al cielo para buscarla al través de los espacios. ¿No cree V. conmigo que la naturaleza no puede haber puesto en nuestros corazones un sentimiento que no responda á nada, y que la felicidad existe realmente junto al trono del Eterno? Esperémoslo así, y esta esperanza nos dará valor para soportar las pruebas amargas de la vida.

G. V.—Zamora.—Las camisas para caballero más nuevas y elegantes se hacen de este modo: dos guirnalda onduladas de lilas, violetas ó rosas á cada lado de la pechera, y una en medio de la tira otra guirnalda; ondulada rodea el puño.

O. P.—Ciudad-Real.—Hé aquí el traje de baile más propio para una niña de 15 años. Una rosa abierta en el cabello, vestido blanco y un cinturón azul con largos cabos flotantes.

L. C.—Coruña.—No se llevan apenas los abrigos ajustados como no sea para aprovechar los del año pasado. Lo que se lleva mucho son los carriks con una ó dos esclavinas.

El Sr. Conde del Sos, nos ha favorecido con la solución del geroglífico inserto en el número del 2 de Enero, *Pescador que pesca un pez, pescador es*; como asimismo las señoritas D.^a Julia Estrada y D.^a Leocadia Américo.

Soluciones á la charada inserta en el anterior número literario, por D.^a Joaquina Dolez, D.^a Juana Arnante, D.^a Francisca Sobreño, D.^a Ramona Asensio, D.^a Clara Fuentes, y por los Sres. D. Eleuterio Rodrigo, D. ClAUDIO Foneche, D. Hilarion Satorres, D. Mariano Oms, D. Víctor Serrano y Echeverría y D. Luis Cortés y Suñá.

FRAGATA.

GEROGLÍFICO.



La solución en el próximo número literario.

Acompaña á este número el figurín correspondiente á ambas ediciones.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.